

SILLÓN DE OREJAS Por Manuel Rodríguez Rivero

# Más contentos que unas castañuelas

SURGÍAN DE todas partes, como los insidiosos formicidos del estupendo relato *La hormiga argentina* (Siruela), de Italo Calvino. Protestaban contra la imposición de esa reforma laboral que nos lleva a casi todos a maltraer, y que es el buque insignia de la "modernización retrógrada" (para emplear la expresión aplicada a la de la señora Thatcher: *retrogressive modernisation*) que quiere implantar la derecha para que los-que-mandan-detrás-de-los-que-mandan se sientan (todavía más) felices. Las masivas manifestaciones del domingo demostraron que no está todo perdido, sobre todo cuando los capos más reaccionarios del empresariado (incluyendo a don Arturo Fernández, de cuya cadena de restaurantes hace tiempo he dimitido como cliente), crecidos como no lo estaban desde 1975, comienzan a exigir a su Gobierno favorito la revisión de la Ley de huelga. No me extrañaría que la siguiente petición ("para acabar con el paro") fuera la recuperación oficial de la panoplia de torturas que la Santa Inquisición aplicaba a los herejes. Por no hablar de los banqueros, principales responsables inmediatos de lo que se nos ha venido encima desde 2008, cuando Lehman Brothers quebró a cuenta de los créditos *subprime*. Por entonces, por cierto, su máximo responsable en España era don Luis de Guindos, pero ya se sabe que en la política nacional esos detalles no cuentan: les recuerdo que al incompetente Arias Navarro —el "carnicero de Málaga"— también le ascendieron tras el asesinato de Carrero Blanco, de cuya seguridad era máximo responsable. De modo que no está mal que, mientras los poderosos celebran a su Gobierno más contentos que si fueran expertos en crotología (la ciencia de las castañuelas, tal como fue instituida a finales del XVIII por el poeta salmantino Juan Fernández de Rojas), la gente salga a la calle a gritar que los de abajo (y los del medio) también cuentan. Y conste que la cosa no pudo ser más pacífica y amable, a pesar de que seamos muchos los que sospechamos que en el interior de cada banquero tóxico podría ocultarse un Patrick Bateman, el financiero psicópata y asesino en serie de *American Psycho* (Bret Easton Ellis, 1991). Para eso, entre otras cosas, sirve la literatura: para encontrar siempre una referencia libresco a los grandes temas de la actualidad. Corto y cambio, que si sigo me la juego.

para impedir el asesinato de JFK. Domini que Lapiere, otro histórico, salta a la lista con *India, mon amour* (Planeta), un ensayo autobiográfico que contribuirá al incremento del turismo en el país por el que Salman Rushdie no puede viajar tranquilamente. Kate Morton, una de las pocas autoras románti-

que recrea (atención a la nostalgia) "nuestro pasado colonial en África"; Plaza & Janés apuesta por *El mapa del cielo*, de Félix Palma, una historia de aventuras y romance con homenaje a H. G. Wells; Jesús Ruiz Mantilla se estrena en Planeta con *Ahogada en llamas*, una saga familiar (y literaria): Galdós

interminable", esta vez más contenida en extensión ("solo" 418 páginas). Así que ya ven: los escaparates de las librerías (como ese que está escuchando el abrigado lector de Max) vuelven a llenarse de "productos" de grandes grupos. Y es que la única presencia independiente entre las "apuestas" de marzo es la de Tusquets, a la que quizás le quede poco tiempo en ese estado, a juzgar por los planetarios rumores que me llegan. Por otra parte, y según mi topo en Gallimard, el grupo "independiente" (disculpen el oximoron) que acaba de adquirir la muy comercial Flammarion (provocando con ello un pequeño seísmo en el mundo cultural francés), la célebre compañía habría intentado recientemente llegar a un acuerdo con mi venerada Beatriz de Moura para adquirir su sello, por lo que no sería de extrañar que la editora hispano-cariciosa (sí: nació en Río) pudiera estar ahora escuchando ofertas más convenientes. Respecto a la abrumadora presencia de los grandes grupos en las mesas de novedades, no hay nada raro: entre los 20 libros de literatura "más leídos" de 2011 (datos de los editores), sólo figuran 2 (ambos de Dan Brown, por cierto) publicados por un sello independiente.



Ilustración de Max.

## Ilustradores

EN LA PREHISTORIA alemana del cómic ocupan un lugar de honor las estupendas historietas de *Max y Moritz*, de Wilhelm Busch (1832-1908), que tan primorosamente acaba de editar Impedimenta, la cada vez más interesante editorial de Enrique Redel, con traducción (en verso) del maestro Víctor Canicio. El Max de Busch no tiene nada que ver (aparentemente) con el Max que ilumina este sillón de orejas, y de quien, por cierto, se acaba de inaugurar una imprescindible retrospectiva (*Panóptica, 1973-2011*) en la sede del Instituto Cervantes de Madrid, cuya clásica arquitectura (antiguo edificio del Banco Español del Río de la Plata, de Antonio Palacios, 1918) se ve estos días extrañamente realzada por las banderolas maxianas que cuelgan entre las columnas jónicas de su fachada. Si vienen por Madrid, no se la pierdan y, si no pueden (allá ustedes), háganse una idea por medio del catálogo, publicada por Kalandraka. Max proluga también el álbum *Casi completo* (La Cúpula), de Joost Swarte, el mesmerizante dibujante holandés de "línea clara", al que he situado (algo tardamente, lo reconozco) entre los diez primeros de mi particular panteón de historietas gráficas. Clásicas resultan también las tiras cómicas de Charles M. Schulz, seleccionadas en *Lo mejor de Carlitos y Snoopy* (Debolsillo). Cierro este pequeño apartado sobre grandes dibujantes mencionando el interesante estudio de José Manuel Trabado *Antes de la novela gráfica. Clásicos del cómic en la prensa norteamericana*, publicado por Cátedra en su colección Signo e Imagen. ●

## Marceando

LOS LIBREROS cruzan los dedos para que no se cumpla el viejo refrán "marzo marceador, un día malo y otro peor". Y lo cierto es que, para desmentirlo, las editoriales vienen sacando —o están a punto de hacerlo— lo más vendible de cada casa. La palma de los superventas se la llevará *22/11/63* (Plaza & Janés), la ambiciosa novela del maestro Stephen King en torno a un viaje en el tiempo

cas que en el último año ha conseguido vender un número de ejemplares por encima de las seis cifras, regresa a Suma con *Las horas distantes*, otra historia más o menos "neovictoriana" de las que hacen furor entre sus lectoras. En el campo de los libros españoles con vocación *bestselérica*, destaca en primer lugar *Palmeras en la nieve*, de Luz Gabás, último intento de Temas de Hoy por "descubrir" una nueva y rentable María Dueñas, esta vez con una historia "cautivadora"

es uno de sus personajes) ambientada en Santander entre el incendio del vapor *Cabo Machichaco*, en 1893, y el que asoló la ciudad en 1941. También publican otras prestigiosas firmas más literarias: mi admirado Vila-Matas lo sigue haciendo en Seix Barral con su novela *Aire de Dylan*; Saramago, en Alfaguara con su novela "perdida" (¿no habrá más?) *Claroboya*; y Almudena Grandes, en Tusquets, con *El lector de Julio Verne*, segunda entrega de su saga sobre la "guerra

## Tercer Reich, Año Uno

### En el jardín de las bestias. Una historia de amor y terror en el Berlín nazi

Erik Larson  
Traducción de Ana Herrera Ferrer  
Ariel. Barcelona, 2012  
489 páginas. 21,90 euros (electrónico: 15,49)

Por Diego A. Manrique

AL INICIO, este libro escalofriante podría pasar por el argumento de una película de Frank Capra. Un poco por chiripa, William E. Dodd, maduro profesor universitario, es nombrado embajador en Alemania por Roosevelt. Se traslada a Berlín con toda su familia, dispuesto a predicar las bondades de la democracia. Pero corre el año 1933 y Hitler está transformando una república parlamen-

taria en una dictadura personal. Erik Larson reconstruye un período fluido en la historia alemana: los nazis aún no han convencido al Ejército y las potencias vencedoras dudan sobre cómo reaccionar. Así, Washington solo pretende que se pague la deuda de los acreedores norteamericanos; ni pensar en desaconsejar los viajes a Alemania, a pesar de constantes incidentes donde son apaleados turistas por no saludar con el brazo en alto. Una paradójica víctima es H. V. Kaltenborn, famoso locutor de la CBS, favorable a los nacionalsocialistas. El embajador Dodd comprende su error: pensaba que su puesto era una sinecura que le permitiría seguir con sus afanes académicos. Tragando bilis, trata con Hitler y sus compinches. Se halla en una postura débil: los nazis le desprecian y su Departamento de Estado le zancadillea. Allí aceptan la táctica del mal menor y algu-

nos funcionarios simpatizan con Göring "y los elementos más razonables del partido". El libro alterna entre los sobresaltos del embajador y los delirios de su hija, inicialmente fascinada por la Nueva Alemania. Martha, recién divorciada, desarrolla una complicada vida amorosa. Comparte intimidades con Armand Berard, de la Embajada francesa; Boris Winogradov, un sentimental espía de la NKVD, y Rudolf Diels, precavido jefe de la Gestapo. Por si no tuviera suficientes emociones, también seduce a gente de paso, como el novelista Thomas Wolfe. Los usos y prácticas del cuerpo diplomático, unidos a la grafomanía de los Dodd, explican la inmensa documentación que exprime Larson. *En el jardín de las bestias* es una comedia estadounidense que mira hacia tragedia mundial. La matanza comienza por el SA, ala ruda del nazismo, las *tropas de asalto* de

Ernst Röhm. La llamada *noche de los cuchillos largos* fue un asunto sucio, cruel e indiscriminado. Murieron los *camisas pardas* más conspicuos pero también personajes incómodos e incluso desdichados como el crítico musical del *Münchener Neueste Nachrichten*. Dodd diagnosticó certeramente la enfermedad alemana: "La extraña indiferencia a los malos tratos que se había instalado en la nación, esa disposición del pueblo y de los elementos más moderados del Gobierno a aceptar sin protestas cada nuevo decreto opresivo, cada nuevo acto de violencia". Era, añade Larson, como "entrar en el oscuro bosque de un cuento de hadas donde todas las normas de lo que estaba bien y lo que estaba mal se hubieran invertido". Martha, la irresistible cabeza de chorlito, decidió mancharse las manos. Le perdonó todo a Stalin, incluyendo la ejecución de su amado Boris, y funcionó como agente soviética en EE UU. Escapó en 1953 de la *caza de brujas* y terminó sus días en la Praga comunista, políticamente desengañada. Capra no hubiera permitido un final tan desolador. ●

EL PAÍS BABELIA 25.02.12 17